

saben escribir, no les interesa este planteo, creen que nuestra realidad no es poética y así se embarcan en un esteticismo extranjero y estéril. Y los que se animan a él, afrontan las cosas con criterio exterior, quedándose en folklorismo. Y el hombre verdadero está ausente de nuestra literatura. O es la estancia inventada o por lo menos exportada de "Los ídolos", sin paisaje, sin identificación, acatando los cánones y atractivos de una arquitectura europea en el "¡Que disgracia!" , actitudes opuestas y negativas que hundan a nuestra literatura en la intrascendencia, en el anonimato.

ADELAIDA GIGLI

LA ROSA TATUADA.

A través de la pobre y gesticulante versión de la compañía de Ana Lassalle, *La Rosa Tatuada*. Otra obra de esa cadena norteamericana de esfuerzos, descripciones torturadas y desafíos, con la que unos cuantos hombres parecen estar describiendo la agonía de un nuevo héroe contra el destino, también un nuevo destino: el hombre común, no normal, tal vez, pero sí común, cuyos instintos luchan contra un orden falso y deformante, que lo aplasta y cercena como ser humano, o que lo obliga a huir, o a desmesurarse en alguna máquina que se lo traga y lo desgarrar. *El financiero*, *Las palmeras salvajes*, *la muerte de un viajante*, *El zoológico de cristal*... *El gran dios Brown*. Cada talento individual tal vez viendo el mundo del modo que le es singular, cierto. Pero detrás el gran espectro del viejo puritano, del pionero anterior, pudriéndose.

De vez en cuando, sin embargo, parece que tampoco esas gentes que están diseñando el diálogo de la angustia aguantan ya la asfixia, el hedor que de lo que están revolviendo sale. Tal vez todos necesitamos un descanso iluso, para perdernos al aire libre, en los caminos, en las praderas, para reconocer la belleza de las hojas rojizas de los robles cuando llega el otoño. O tal vez existe esa otra realidad. Tal vez no basta la simple descripción de la condena, sino que existe una solución; aunque más no sea alguna convención aceptable.

Quizá es eso lo que propone *La rosa tatuada*. Quizá es la envidia del puritano que odia al sexo, y que supone en sus vecinos latinos una fácil aceptación de los viejos símbolos de la vida. Es esa solución de espejismos tropicales la que nos propone T. Williams, reeditando de algún modo el sueño de D. H. Lawrence. ¡Qué felices seríamos entonces los descendientes de las razas mediterráneas, en estas latitudes! La angustia que parecemos destinados a proclamar los hombres del siglo XX puede resolverse, pues, por cierta facilidad de glándulas, en un gran final de Aristófanes. Eso es lo que parece auspiciar *La rosa tatuada*, epílogo fálico de dramas semifreudianos.

¿Es por la búsqueda desesperada de soluciones por lo que falla T. Williams? ¿Es porque para el drama elemental basta el talento, y la comedia exige, además, inteligencia? ¿O es, simplemente, porque no ha sabido solucionar el paso, en las dos horas del espectáculo, desde la muerte y la histeria, a la aceptación de la vida? Tal vez el diagrama terrorista del mundo sea una eficaz receta artística; y sea difícil prescindir de ella.

Sin embargo, la viuda, la hija, y los novios, se sueltan de a ratos de los hilos, y se echan a vivir por la escena, oprimiéndose mutuamente y de varios modos sus cuerpos carnales. Eso queda de *La rosa*, sino el trayecto de la obra que podría haber sido. Quizá.

Allá, por un camino del sur de Estados Unidos, quedan los cuerpos que *Luz de Agosto* puso a vivir del todo en el mundo, sudando y cuchi-cheando.

V. SANROMÁN